

CONFORMISTA MODELO 71

"CONFIAD EN LOS TECNICOS.."

ALFONSO C. COMIN

NO discutamos más este asunto. ¡Yo quiero flotar y basta! Mi amigo zanjaba así alardamente una discusión, mi amigo, buen profesional con carrera por delante, la zanjaba flotando, en efecto, en la piscina con facilidad, gracias a su volumen flotante y al flotador, mientras daba con las manos hacia atrás suavemente, los ojos cerrados, caído el sol.

La discusión se refería a la actitud a tomar ante la vida, cómo vivir, si luchar o adaptarse, si arriesgar o asegurarse, si... Mi amigo había tenido inquietudes. Después alguien dijo: «Es un conformista». Y otro: «No lo era». Y otro: «Ahora tiene cuatro hijos». Y el primero: «Pero parecía capaz de no dejarse ir por la pendiente». «Es ella, intervino ella, si ella le hubiera empujado, en vez de frenarlo, no sería así». Ella había seguido la discusión desde la orilla, atenta, disimulando, sin intervenir interviniendo, no quería que las cosas quedaran tan claras. Hasta entonces, con los amigos y consigo mismo, el «sí, pero no» daba bastante de sí. Ella también había tenido inquietudes, pero menos. Y alguien dijo: «Es humano cuando llega la hora de integrarse en la sociedad». Y otro: «El problema es que no tenía ideas políticas claras. Nunca estuvo organizado. Las inquietudes así, típicas de tantos cristianos, no sirven para nada». Y alguien pontificó: «El dragón del conformismo social y de la represión social lo ha devorado». Mi amigo había tenido algún ligero traspás por motivos políticos: «Le

gusta su trabajo. Es un técnico, qué quieres, no un político».

Y era un luchador en el plano individual: había logrado llegar a un alto cargo desde una posición modesta, como se dice, su familia no tenía bienes; se había pagado los estudios con su propio esfuerzo. No era del todo un conformista. Le habían hecho un conformista, un poco a la fuerza. «La sociedad está y estará llena de tipos así», vaticinó el primero.

II

La base social se iba ampliando, en parte, gracias a tipos así. Se esfumaban los entusiastas y crecían los conformistas que, al principio, parecían inconformistas, para sumarse a los conformistas de nacimiento, crianza y desarrollo que más tarde pasarían al activismo retrógrado o, en su caso, a las guerrillas de Cristo Rey. Otros se iban haciendo conformistas por exclusión. Entonces aún eran los años de 1960. Tal como iban las cosas, ¿qué se podía hacer en una sociedad nacida, criada y desarrollada para el conformismo? Eran aún los años de 1960.

Y empezaba a cambiar el signo del conformismo religioso. Se habían derrumbado las tareas estrictamente inquisitoriales, las capuchas ya no tenían tanta vigencia y hasta algunas jerarquías crítica-

ban ya la mistificada religiosidad popular, las caminatas mágicas, las romerías y las procesiones, el atavismo y el mito. Se iba reduciendo el apoyo jerárquico al cultivo de la fe del carbonero. Se acercaba la desmitologización, la muerte de Dios, la secularización. También la concordia con los protestantes. Los cavernícolas de ayer se iban haciendo liberales... sin exagerar. Nuevas necesidades ideológicas, nuevas necesidades sociales, nueva insistencia de los tiempos nuevos. El nacional-catolicismo cambiaba de signo.

Antes de que llegara la ola irresistible de la teología secularizadora, algunos institutos seculares habían dado ya la respuesta española, única, adelantada, antes de la historia, en vanguardia como siempre, al nuevo fenómeno. Aparecía un nuevo e impensable modelo de conformista que siguiendo las recomendaciones y aforismos de su padre-inspirador en su obra-madre, atenderían el buen consejo que les dice: «Me hablas de morir "heroicamente". ¿No crees que es más "heroico" morir inadvertido en una buena cama, como un burgués... pero de mal de Amor?» (Camino, 743). El nuevo tipo, dinámico, alegre, con sonrisa, del Bing Crosby de «Siguiendo mi camino» (¡el inconformista cura de los cuarenta!), atento al progreso industrial, más allá de la lucha de clases y de las interpretaciones radicalizadas del

Evangelio, obediente según marcan las constituciones, procuraría «con todo empeño en que la clase que se llama intelectual y aquella que, o bien en razón de la sabiduría por la que se distingue o bien por los cargos que ejerce, bien por la dignidad por la que se destaca, es directora de la sociedad civil, se adhiera a los preceptos de Nuestro Señor Jesucristo y los aplique in praxim» (Constituciones del Opus Dei, artículo 3.º).

Teníamos ya perfectamente trazada la conformación religiosa para la nueva hora de España.

III

Ya tenemos el cambio de decoración y de personaje. El conformista de hoy aparece inquieto, dinámico, preocupado por el futuro de todos. Viaja por todos los países, hasta va a las democracias populares. Aprovecha un acontecimiento deportivo para volver de Rusia diciendo: «Tienen muchas cosas que enseñarnos». No es ya el rutinario de ayer. No encubre, seguramente, trapos viejos. Otra cosa son los sucios. Descubre perspectivas de desarrollo. Su adhesión de fondo es la misma que ayer, no está de acuerdo con el consejo de Machado —«si algún día tuvierais que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en ponerlos del lado del pueblo, que es el lado de España»—, porque no cree que exista eso de la lucha de clases. Donde hay utilitarios, electrodomésticos, televisiones y un poco de «strip-tease» vergonzante, se concilian muchas cosas. Su adhesión de fondo es la misma, pero sus formas, diferentes. Se enfrenta con el agro, la industria, los servicios, con nueva savia. Sabe fraternizar en «bikini». Dice palabras gruesas con naturalidad y nadie le criticará porque se entrompe. No se escandaliza ni de B. B. ni de sus imitadoras; va a Arte y Ensayo con frecuencia, lee «Autopista» y celebra su mordacidad. A veces, en Cataluña, es partidario de la «nova cançó». Conoce los motivos políticos por los que aplaude al «Español»... o, en su caso, al «Madrid». Tiene un rostro alegre, sonríe siempre y no se apura por una entrevista impertinente. En las conferencias-coloquio no se inmuta cuando le atacan acusándole de «colaboracionista», tecnócrata y otras hierbas; se siente seguro de sí mismo y del poder que le apoya y le acompaña. Invita a cenar a los periodistas extranjeros, otrora agentes de la masonería internacional. Es un liberal; acepta las críticas de «Le Monde». Y si mañana pierde su puesto en la cúpula desde donde repartió solem-



«¡Ah, ayer! Ayer el ruralismo caducó, hoy la vida brillante de la urbe».



GRAN MUESTRARIO CEPLASTICA

Imprescindible para sus proyectos. El Muestrario más completo en su género.

Los distintos tipos de suelos ligeros: CEFLEX, FLEXOL, CESOL

SINTASOL en sus variedades Extra, Universal y Récord.

BODEN Elástico. Moqueta NOVAN Atelier.

Y la gama de revestimientos murales SINTAMUR.

Las especificaciones internacionales para cada tipo de suelo. Distintos aspectos técnicos de colocación y mantenimiento de los suelos ligeros.

Boletines Técnicos, soldaduras y perfiles, referencias...

La más detallada información sobre suelos ligeros y revestimientos murales, ahora, al alcance de su mano.

Un paso más de CEPLASTICA en su tarea de colaborar en la industrialización de la construcción.

Para más amplia información diríjase a: **CEPLASTICA - Departamento Técnico Comercial. - Apartado 200 - BILBAO**

proyectando con suelos ligeros



CEPLASTICA



CONFORMISTA MODELO 71

nes garrotazos disimulados por su verbalismo aperturista, es posible que, según como le vayan las cosas, regrese al inconformismo de ayer. Se pronunciará entonces contra medidas que él mismo adoptó o apoyó. El circuito no cesa. Inconformista en la calle, conformista en el poder, inconformista de nuevo cuando sin poder. Sigue la danza. Se manifiesta partidario de la apertura, del centro. Sólo en fútbol es hincha de algún extremo izquierdo. Poco importa la confusión. Y lo increíble es que ni este inconformista-conformista-inconformista acaba de ser bien asimilado por el sistema, todavía un poco oxidado.

Hay a quienes les molesta el nuevo inconformismo de los conformistas de ayer tarde. (Y viceversa, el presente conformismo de los inconformistas de ayer.) ¿Por qué? Más vale reaccionar, aunque sea tarde, que nunca es tarde cuando llega, según dicen. No aceptar esto es despreciar las «dimensiones políticas del conformismo». O no haber aprendido lo que cuentan en Andalucía: «La mitra es como un apagavelas. En cuanto se la ponen a uno, le apagan la inteligencia». Con ello tratan de resumir el fenómeno de tantos curas «con inquietudes», abiertos y progresistas que, llegados a obispos, «si te he visto no me acuerdo». Una bella imagen del conformismo religioso de hoy en las alturas. Pero una imagen que se puede aplicar también a las altas esferas de la sociedad, de la política, de la cultura, aunque la mitra quede reducida al color de la camisa.

Hay que contar con eso. En definitiva, el término inconformista es de cuño burgués. Para muchos, ser inconformista es la vía para mejor conformarse consigo mismo. Seguramente para los iconoclastas, nihilistas, amigos de la «boutade» permanente, ingeniosos del sarcasmo, irónicos, que siguen su deambular por la «rive gauche» o por las tabernas seculares. Hay que saltar las formas de las formas con las que se empeña, oscurece, encubre la realidad. Tropezamos con la piedra de toque. Con lo que solemnemente acabamos de denominar «dimensiones políticas del conformismo». ¿Qué significa políticamente el conformista de hoy? El nuevo modelo responde a las nuevas necesidades de la nueva sociedad. El control ideológico ya no puede funcionar con viejos instrumentos. ¿Cómo lograr el «consensus» de las nuevas clases medias sumergidas en la ascendente sociedad industrial? Porque los obreros, ya se sabe, esos nada, son siempre unos resentidos. A esos hay que tenerlos a raya. Esos, ¿cómo se van a conformar? Sin embargo, la suave, la paciente, la conforme mayoría silenciosa, está a tiro. Lo único que necesita es un poco de tecnocracia dosificada según los niveles, impregnada de sana religiosi-

dad secular propia de nuestro ser y de nuestra alma. Así, la revolución tecnocrática para unos, los sabios. La televisión para otros, los mediocres. Los altos estudios para los altos valores. La electrónica por correspondencia para los menores.

En otros casos se trata de facilitar el paso que va del conformismo a la impostura. Que no es tan largo. Es una pendiente imperceptible, tobogán de feria. Final dulce. Como un buen paciente.

IV

También se trata, claro está, de evitar el paso que lleva del inconformismo a la política activa organizada. Mejor dicho, a cierta política activa organizada. Para ello hay que estructurar bien la operación cultural. Los viejos, obsesionados por los problemas caducos, murieron. Ya no se ataca a Ortega —al conformista padre Ramírez de ayer, ¿quién lo recuerda?— ni a Unamuno, hay que recuperarles incluso, se alaba a Machado oficialmente, y se deja editar a los «contestatorios». Se abandona la apariencia inquisitorial. Nuevos instrumentos hacen falta. Liberalizad lo autorita-

rio-controlado sin dejar de autorizar cuanto control sea necesario... Nueva ideología para nuevas épocas y nuevas situaciones. La ideología del crepúsculo de las ideologías. Nuevas estructuras universitarias que alegran el conformismo de los jóvenes valores. Hay buenos ejemplos. Por ejemplo, en Latinoamérica. Ha dado resultados, ved, la militarización de la cultura, como allí la llaman. ¿Por qué no? Inteligentes sociólogos hacen su aparición. Marx ha muerto. La lucha de clases se ha esfumado. Movilidad social, «social mobility», estratificación social, conciliación, sociedad industrial, Rusia-U. S. A., una misma cosa, sociedades industriales, ambas, con nuevas clases en el poder. La paz, cuestión de IBMs. La política, cuestión de IBMs. «L'Express-hebdo», ayer prohibido, «L'Express-magazine», hoy difundido. Servan-Schreiber ha venido en reactor para advertirlo: «No os preocupéis, el desarrollo económico lleva consigo inevitablemente el desarrollo político... Confid en vuestros tecnócratas». Sonrisa para todos. Belleza para todos. Nuevos sociólogos hacen su aparición. Marx ha muerto. Ya no hay clases en las nuevas democracias capitalistas. Aron lo dice, y lo dice bien. Vale

la pena leer a Parsons, Dahrendorf, Merton... y también a los jóvenes valores autóctonos, esperanza del nuevo esfuerzo cultural. Jóvenes, inquietos, preocupados por los problemas de nuestra España. Ellos comunican la nueva savia a las generaciones de estudiantes que ya no se conforman con Severino Aznar o con el padre Vilá Creus. ¿Capitalismo, socialismo?, una misma cosa, da lo mismo. Lo importante es consumir. «Consume y cállate». Lo importante, el desarrollo. Lo importante, los mil dólares «per cápita», por barba..., ¡ah!, y la «pollution». Lo mismo da morir en Nueva York que en Moscú, si se muere asfixiado, contaminado. La nueva peste universal. Por eso hacen falta buenos técnicos, buenos economistas, buenos servicios de estudios que planeen bien las cosas para los Bancos, que velan por el bien de todos. No importa si son de izquierdas. Ya se les pasará. El Banco lo cura todo. Formaremos la izquierda leal. España ya no es un problema.

¡Ah, ayer! Ayer el ruralismo caduco, hoy la vida brillante de la urbe. Ayer el cántico estrechamente religioso de la resignación. El pan negro y las rogativas para pedir la lluvia, *plúviam nobis tribue*



La postura inconformista de la actriz Jane Fonda. En la foto, con Marc Lane, en París, durante su alegato contra los crímenes de guerra en Vietnam.



Estudiantes de la Universidad de París, inconformes, hacen su vida junto a las aguas del Sena.

congruente. Todo del mismo color, el pan y el hábito. Sin horizontes. Cara al sol. Hoy, sin embargo, mirad las «boîtes» psicodélicas, los nuevos y fervientes ritos de quienes se agitan en el mosaico. Salen jóvenes, sin prejuicios, «hot pants» y evasión variada.

Que expliquen que Marx ha muerto, la verdad del funcionalismo. Que expliquen en su cátedra la desaparición de las clases y la necesidad de la conciliación. ¿Clases antagónicas? No, ni eso. En convergencia de intereses. Simples desajustes que se van reduciendo,

para bien de todos. Los nuevos conformistas adquieren sentido crítico para saber que no es tolerable una tasa de crecimiento inferior a... Lo saben todo. Hasta las estructuras y las formalizaciones. Tenemos criterios precisos sobre lo que debe ser o no el progreso, el desarrollo, la libertad. Para que no cambien.

V

¿Nuestra sociedad de hoy se halla acaso gobernada por inconformistas de ayer? No decimos tanto. Los conformistas de siempre tienen su peso. El cambio de relaciones en el bloque dominante no da para tanto. Pero co-gobernadas, quizá sí. Las formas, eso es superior al inconformista. Cambiar las formas, su inquietud. Bien, la tecnocracia facilita el camino. El modelo 71 utiliza la conformocracia. Y ante la marea de inconformistas ayer-conformistas hoy, ¿qué pensar?

El conformismo es un subproducto social, una sub-actitud que hoy se propone como modelo de triunfo social, de la reussite si queremos acuñar un galicismo. Se trata del nuevo proyecto que se propone a las clases medias, al hombre organización, a las clases en las que hallamos el modelo de modelos del conformismo. Pues ya lo dijo C. W. Mills hablando de sus gentes medias: «Las gentes white-collar han penetrado suavemente en la sociedad moderna. Cualquiera que haya sido su historia, ha sido

una historia sin acontecimientos; cualesquiera que hayan sido sus intereses comunes, no les han conducido a la unidad; cualquiera que sea el futuro que les aguarde, no será obra suya. Si aspiran a algo, es a un curso intermedio, en una época en la que no hay curso intermedio posible, o sea, a un curso ilusorio en una sociedad imaginaria». He aquí el conformista sin historia, sin unión, sin solidaridad posible, sólo consigo mismo.

Pues todo lo que se refiere a este tema queda en el marco de una cultura de élite de diverso género. En otro mundo se habla de burgueses y proletarios, de clases, de traidores o militantes. Allí se llama al pan, pan, y al vino, vino. El que se conforma se desclasa. Las formas ocupan menos. Allí se trata de construir, de cambiar el fondo de todas las cosas. Sin tregua.

A los white-collar se suman los frustrados inconformistas de ayer que creyeron poder mantenerse firmes, sin práctica de lucha, desorganizados, aislados con la lanza de su genialidad. Y así quienes podrían haber aportado sentido crítico y su granito de arena a la tarea colectiva, prefirieron su «solidaridad en la soledad». Pues, ¿de qué sirve un inconformista desorganizado?

Nota final: Sin ánimo de ofendernos atrevemos a preguntar al mismo tiempo: ¿De qué sirve también un organizado-conformista? ¿Por qué los que tienen fe en los principios finales —la fe que fuere y en lo que sea— tienen que ir matando el sentido crítico al inconformista? ■ A. C. C.

LA EXALTACION DEL ORDEN

DIONISIO RIDRUEJO

El adjetivo «conformista» procede de un contexto religioso y local. Aún el penúltimo diccionario de la Lengua no da a la palabra otra acepción que la de «el que en Inglaterra está conforme con la religión oficial del Estado». Pero ya en ese primer contexto —como indica el sufijo— el conformismo significa el ejercicio de una opción. Su negativo, el inconformismo, es, por necesidad, de formación simultánea a su contrario. La ampliación semántica del adjetivo está a la vista. Hoy se refiere tanto a la ciega adhesión a las ideas, valores y gustos de la mayoría como a la aceptación sin reservas y al pleno acomodo en el orden cons-

tituido, ya sea religioso, social o político. En rigor, hay conformistas e inconformistas desde que se ha podido pasar —para usar la útil distinción de Ortega— de la insurgencia contra los «abusos» de un orden que nadie pensaba discutir en sus fundamentos, por considerarlo natural o sacro, a la rebelión o protesta contra el «uso» mismo, cuyos fundamentos quedan afectados por la actividad de la razón crítica de los hombres. Pero aún convendrá añadir que el conformista no es necesariamente el que cree en el orden al que se acomoda, sino el que, aun considerándolo defectivo, no puede o no osa imaginar ni esperar otro mejor. El

inconformista es, en cambio, el hombre que usa su razón crítica en función de una esperanza de perfeccionamiento o transformación del mundo, empezando por afinar la propia conciencia. Esperanza que puede relacionarse con una utopía o imagen de un orden perfecto, en el cual el inconformismo dejaría de tener sentido y el conformismo no sería ya ni siquiera mera conformidad, sino propiamente ajuste. Pero ajuste penúltimo, porque todo ajuste está acechado por la corrupción. Por ejemplo, la utopía del socialismo libertario —la más atractiva de todas— propone un mundo en el que no sólo deja de haber opresores y oprimidos, explota-

dores y explotados, etcétera, sino en el que no hace falta sombra alguna de coacción, puesto que el consenso perfecto, logrado por un imperativo ético derivado de la razón, la haría innecesaria, y en el que incluso las desigualdades naturales e irremediables serían socializadas como contribución voluntaria de los mejor dotados al éxito de la comunidad, resultando el todo una obra armoniosa de la libertad moralizada. Claro es que, llegada a este punto, sería siempre posible el retroceso, para lo cual el inconformismo no debe proceder a su desarme.

Pero, cuidado. La utopía puede representar una fuga. Sabido es